

Tierra y Libertad

Número suelto: 5 céntimos

Redacción y administración: calle Cadena, 39, 2.ª, 1.ª

 Paquete de 30 ejemplares . . . 1'00 peseta
 Suscripción: España un trimestre . 1'00 »
 » Extranjero » . 1'50 »

LA HUELGA MINERA EN VIZCAYA

LOS MALOS PASTORES

Los últimos telegramas acusan un recrudecimiento de la huelga de Bilbao. Rotas las negociaciones, los patronos se encierran en sus casas, detrás de los muros, y los mineros comienzan a correr por la montaña como rebaño de gente desesperada. Pasa la visión del «Germinal» y pasan también «Los Malos Pastores» de Mirbeau. Porque estos Malos Pastores serán convencionales y un poco líricos, pero llevan en su interior entraña de vida. Los trabajadores se reúnen en el bosque, como los primitivos cristianos, para escuchar la palabra del apóstol y juran morir antes que ceder, antes que pasar por las horcas caudinas de los burgueses. Y viene la sangre, inevitable, fatal. Exactamente igual que en Bilbao. Los mineros acaban de juntarse y la multitud negra, rugiente, fuera de toda calma y de todo instinto de conservación, decide morir, matar, caer en plena tragedia, antes que humillarse. Rugen las voces de dolor y de odio.

—En los Altos Hornos falta mineral y se apagan.

—Que los alimenten con burgueses.

Y cuando un obrero, el de los discursos dramáticos, que después morirá o será encarcelado, grita:

—Si alguno acude al trabajo, ¿qué haréis?

—Le mataremos, rugen la multitud.

Y le matarán. Y les matarán después a ellos. Porque estos hombres que claman como perro arrojado de casa, no llevan tan sólo en su interior un estómago vacío y unos nervios que exigen una hora menos de trabajo; llevan también una esperanza de justicia social, y en estos días de revuelta esta esperanza les huye y piensan que los frutos a recoger están demasiado lejos y que ellos tienen derecho a todo, a actuar lo bueno y lo malo, porque son los expulsados de la vida. Se arrojarán contra los patronos, y los malos hermanos, los machetes de la fuerza pública, interponiéndose, verterán su sangre.

Ya sabemos que unos y otros son testarudos; los unos, los amos, por egoísmo, por orgullo anticristiano—¡ellos, los vaticanistas!—los otros, los mineros, porque se yerguen un instante en su vida negra y cuando estos instantes se producen en la vida de los esclavos se sellan siempre con energías trágicas.

Pero frente a estas voluntades inquebrantables, ¿qué ha hecho el Estado? Ha procedido democráticamente—dirán los ministeriales—enviando a un ministro. ¿Pero de qué tienen lleno el cráneo estos ministros que tan pronto se ven aplastados por el conflicto y no pueden hacer transigir a los obreros ni abatir las crueldades soberbias de los patronos? ¡Pobres ministros! Ellos no son ellos. Son un Estado en donde se ignoran las fórmulas para estas luchas modernas; son los representantes de un sistema que no ha sabido hacer más que matar para resolver los conflictos y que no sabe qué hacer cuando una vez se resiste a verter sangre; son una tradición política que lleva a los ministerios, no a los mejores, sino a los herederos o clientes de las casas gobernantes. Y claro está; cuando llega la hora emocionante en la que se presienten las catástrofes, se retiran, dejando perfectamente montadas las guardias. Y se tapan los oídos para no escuchar la solución, el fallo final de este juicio: la descarga.

Aquí, en Cataluña, la ley de jurisdicciones; allá, en el Norte, el mauser. He aquí la bancarrota de un Estado y de una raza usufructuadora de este Estado. «Los Malos Pastores» se representan en la vida. Todos se hunden: el burgués—Echevarrieta—transigente, los crueldades, el agitador, el ministro, y la barricada que no resuelve nada, que no hace más que añadir dolor al dolor, se levanta como en el drama de Mirbeau, lleno de sangre, como un Miserere cantado a la vida española, una vida de mediocres mandados por enanos.

(De *El Poble Catalá*, Barcelona 16 de agosto de 1910.)

Muy exacta y hasta diríamos bella la pintura si en el dolor cupiere la belleza. Pero ¿y después de la visión? ¿Qué solución adelanta *El Poble Catalá*, del que es actualmen-

te director el ex-anarquista, ahora diputado, Pedro Corominas?

Porque toda su lírica se resuelve en una censura contra los Malos Pastores del Estado monárquico y en una velada esperanza de que hombres de otro Estado político habrían hallado ya fácilmente solución a este conflicto secular entre los poseedores y los desposeídos de las riquezas naturales y producidas por las humanas actividades.

Tal vez, decimos nosotros, estos hombres de un Estado republicano o de un Estado socialista habrían hallado una solución del momento, una fórmula de arreglo pasajero al conflicto del presente; pero ¿y después? volvemos a preguntar: ¿se habrían acabado ya los patronos socialistas y crueldades, los trabajadores desesperados, los gobernantes fracasados y los agitadores de la barricada? El conflicto, este conflicto de todos los instantes, hoy aquí, allá mañana, un día en países de raza latina, al otro en los de raza sajona, en Europa como en América, ¿no se reproduciría, determinado por una causa única a la que no se atreven a tocar estos filósofos, estos sociólogos, estos estadistas, estos periodistas bien hallados con el privilegio burgués?

—¿Porque esto es lo que debería ventilarse y decirse, que lo otro... lirismos de escritor pasajeramente conmovido por el dolor ageno contemplado desde cómodo hogar.

No son únicamente «Malos Pastores» estos hombres del Estado monárquico cuyo fracaso tan elocuentemente evidencia el órgano de los nacionalistas catalanistas. Son también malos pastores estos hombres de los Estados republicanos que mantienen cárceles y ejércitos y aprisionan y ametrallan a la multitud obrera cuando se rebela contra el privilegio de la clase burguesa. Son malos pastores estos hombres del Estado socialista, ministros o aspirantes, que aceptan reverentes la fuerza militar en que se escudan estos patronos bilbaínos, en nada desemejantes a los patronos de otras partes. Son malos pastores también estos agitadores aspirantes a diputados, que se labran el prestigio personal político que mañana les encumbrará. Son en fin, malos pastores todos los egoístas de la clase burguesa directora en bloque, desde el ministro que busca soluciones pasajeras hasta el último gacetero a sueldo del interés burgués, todos interesados en esconder, en ocultar a los trabajadores aquella causa única de estos conflictos que lamentan tan sólo cuando les turba un poco la digestión.

El mismísimo director de *El Poble Catalá*, elevado al ministerio de la Gobernación, no haría más ni menos que el señor Merino. Y Perezagua igual. Lavarse las manos ante la intransigencia y el odio de ambos contendientes, situar ametralladoras en las cumbres de los montes mineros y preparar las cárceles para los huelguistas que no se resolvieron a morir de hambre.

—¿Morirse de hambre! Hemos dicho la palabra, dado en la clave. He aquí en qué se resuelve para los obreros la tan cacareada libertad del trabajo y solución política de todos los conflictos. Ceder a la exigencia patronal o morir de hambre cuando se hayan agotado los ochavos de la solidaridad obrera. ¿Veis ya como apunta, donde está la causa única de estos conflictos? Mientras todas las soluciones que se arbitren dejen en pie el Capitalismo y Propiedad privada, el obrero, el secular esclavo, remachado quedará a este irritante privilegio por la deprimente cadena del salario. Y los malos pastores subsistirán, beneficiándose con esta injusticia desde los escaños ministeriales, azules o rojos, o desde los escaños parlamentarios que reditúan 15.000 francos anuales.

Y si se nos objeta que con otros regímenes políticos y otros hombres políticos se atenuaría la gravedad de estos conflictos, objetaríamos a nuestra vez que los trabajadores que se conformaran con estas atenuaciones se acreditarían de imbéciles, tan imbéciles como granujas son los señores que se las proponen.

El reformismo político social de estos señores ha fracasado tanto como el mauser de los monárquicos. Ministros socialistas go-

biernan en Francia y véase el contragolpe de su reformismo económico en este elocuente telegrama de *La Publicidad*, Agosto, 21:

«París, 20, a las 19'37.—Una comisión de diputados socialistas ha visitado a M. Briand pidiéndole que gestione los medios para evitar la subida escandalosa en el precio de los artículos de primera necesidad.»

Todos los aumentos de salario, todas las leyes sedicentes socialistas, se estrellan ante el juego de la economía capitalista que puede dar hoy con la mano derecha al productor ochavos de mejor remuneración, que la izquierda mano recuperará mañana del consumidor. He aquí el conflicto, el verdadero y secular conflicto: ceder ante el mauser o dejarse robar por la economía burguesa. ¿Llamaremos solución a un mero cambio de pastores políticos? El burgués está aquí, en forma de patrono, de rentista, de propietario, burlándose de la credulidad obrera y haciendo buenas migas con los que a sí mismos se reputan para el porvenir buenos pastores.

El burgués está aquí haciendo el descaro de negocio, más infame que el del bandoleiro de antaño, porque tiene menos riesgos, que nos cuenta Eugenio Fournière en la *Revue Socialiste*, de París: «en los setenta y cinco años la fortuna total del país ha cuadruplicado, el coste de la vida triplicado y el salario no ha hecho más que doblar.»

¿Qué puede, qué ha podido contra esto todo el reformismo de republicanos y socialistas y todas las leyes sociales que se han dictado?

Ministerio de trabajadores y de socialistas hay en Australia y los burgueses explotan allí a los obreros tan infamemente como en Europa. Preguntado al trade-unionista Tom Mann, que de allí llega y cuenta horrores de las leyes sociales australianas que no evitan la cárcel y los procesos a los huelguistas.

La solución, la única, no está en el más o en el menos del mauser o en el más o en el menos del reformismo. Todo esto son aspectos de una misma farsa política económica; tragedias de sangre o tragedias de miseria en el hogar obrero. Y así secularmente. Girando secularmente dentro un circuito vicioso que los burgueses quieren conservar a todo trance, por la fuerza del mauser o por la farsa política, y que los obreros no se deciden a romper por el hábito de la servidumbre que les ata a todos los medios o les lleva a remolque de las habilidosas maniobras de todos los malos pastores de la andante política.

—¿Se quiere realmente evitar el posible conflicto de la barricada y del mauser? Pues evitad, haced imposible este escamoteo económico que cuadruplica la fortuna burguesa, triplica el coste de la vida obrera y se la salda con continuo déficit, y continuas privaciones. Matad primero el privilegio de la propiedad privada, porque el reformismo no lo reduce, sino que lo cambia de forma; anula este Capitalismo que hace producir al obrero productos que luego le cobra duplicados de valor, a pesar de todos los tributos que la legislación social imponga al Capital; haced desaparecer el patronato y el salariado; borrad de una plumada todos los privilegios: el de la posesión individual y el del mando, y estos conflictos como el de Bilbao no se reproducirán.

—¿No podéis o no queréis? Pues son inútiles todos los lamentos que os sugieran la brutalidad del mauser o los horrores de la barricada. Es necesario romper este círculo de hierro que aprisiona las voluntades y el derecho popular. Nosotros, parte de este proletariado consciente, de este proletariado revolucionario que no se paga de lirismos y de fórmulas vacías, aceptamos en toda su crudeza la brutalidad del hecho que plantea la economía capitalista y decimos a estas multitudes obreras cuyo espíritu de rebelión y de resistencia no va más allá de lo que duren los ochavos de la solidaridad trabajadora, creyendo, candidas, que pueden vencer las resistencias del billete de banco apoyado por el mauser o por el fallo condenatorio del magistrado; decimos a estas multitudes que aun confían en promesas de gobiernos y en promesas de futuros gobernantes, creyendo que la acción política puede imponer la ley al poderío económico; decimos a estas multitudes contentadizas ante un pequeño aumento de jornal fácilmente escamoteado por el propietario del tugurio y por el tendero de comestibles, que, o rompen con el supremo esfuerzo de una revolución este círculo de hierro o su esclavitud será eterna y poco menos que vanos todos sus actuales esfuerzos. Dentro de este círculo de hierro, atados

por la cadena del salario, no hay redención ni mejora posible. Es una fuerza que les aplasta. Las ametralladoras de la burguesía están aquí, en estas cumbres de los montes vascos, para significarles que un estado de fuerza no se vence con los brazos cruzados y con razones de corazón adolorido.

Vencidos o vencedores en el presente conflicto, debemos perseguir más elevada finalidad social que la que nos ofrecen los malos pastores por los tortuosos caminos de la política que, si a ellos les encumbra, a nosotros nos haría perder de vista donde está nuestro puerto de salvación: en el comunismo de los bienes y en la anarquía.

—¿Por qué camino?

Por el de la acción directa proletaria en busca de las cosas materiales y no del mero derecho político a estas cosas.

Por el camino que un día nos trazaron las proféticas palabras de Pi Margall y que, olvidadas por los federales políticos discípulos suyos, nosotros las repetimos y hacemos nuestras:

«Siervos sois aún, no ciudadanos. ¿Qué importa que os hayan conferido el derecho de sufragio si habéis de ejercerlo bajo la presión de los que os pagan? Os ata al pie de las urnas la perspectiva del hambre.»

—Será ilusoria la libertad mientras no haya igualdad de condiciones. Preparaos, obreros, a conseguirla. Será la obra del siglo xx, siglo de mayores y más trascendentes luchas que el que está feneciendo. ¿Queréis combatir con suerte? Poned todos los días más alto el nivel de vuestra propia cultura, protestad contra toda guerra de conquista, negaos a pelear por toda causa que no sea justa, no favorezcáis jamás las rivalidades entre naciones, no descanséis hasta hacer de todo nuestro linaje una familia, y de la tierra la patria de todos los hombres.

—No os desaliente el temor de que no veáis coronada vuestra obra. Como sin esperanza de recompensa trabajáis para vuestros hijos, debéis sin esperanza de premio trabajar para vuestros más remotos descendientes. Vivimos y gozamos del trabajo de las pasadas generaciones: es deber nuestro trabajar para las venideras.

—La humanidad es una. Divídenla el espíritu religioso, el orgullo de raza, la diferencia de idiomas, el ancho foso abierto por la propiedad entre plebeyos y patricios. Disponed a cegar ese foso, aunque sea con sangre. No autorizan la desigualdad de derechos ni aun las diferencias naturales; no la autorizan ni la de fuerzas, ni la de hermosura, ni la de corazón, ni la de entendimiento. Las diferencias naturales responden a los diversos fines de la vida humana. Todo el que por su trabajo llena un fin adecuado a sus facultades, siquier sea el más modesto, tan digno es de todos los fueros y goces de la vida, como el más poderoso genio. Donde de la naturaleza es el mayor talento, aunque después no lo haya desarrollado y acrecentado con la educación y el ejercicio.—28 abril 1900.

Si los trabajadores desoyen, por correr tras el fantasma de las libertades y de los derechos políticos, esta voz de la igualdad comunista y de la mentalidad anarquista, perderán lastimosamente el tiempo.

Que es lo que desean los malos pastores de la política, de todas las políticas, que con horror ven acercarse el día en que la mina pertenecerá al minero, la tierra al que la labra, el taller al obrero, suprimiéndose de raíz tanto parasitismo burgués.

Vamos, pues, en busca de las cosas materiales por el camino de la asociación y de la revolución fatalmente necesaria.

ALGO SOBRE EL SINDICALISMO

La unión es por excelencia el arma colectiva para los casos en que la fuerza de uno es impotente para el logro de lo que se desea.

Por eso se dice que «la unión hace la fuerza». Compréndese entonces que para que la unión sea realmente fuerza, se requiere que los individuos que se unen lo hagan con un propósito determinado, teniendo un mismo anhelo y estando de acuerdo en la forma de emplear la fuerza común para conseguir ese su propósito.

La unión necesita ser espiritual o sea psíquica y física al mismo tiempo. Porque de nada serviría que los unidos para un fin común o idéntico, no actuasen a la par, así como tampoco sería de provecho que aun apareciendo unidos estuviesen en realidad distanciados en cuanto al fin o en cuanto a los medios o en ambas cosas. No habría acción o la habría fraccionada y hasta contradictoria y por consiguiente la unión no existiría y su consecuencia, la fuerza, sería nula.

Concretando, o más bien dicho, particularizando, tenemos que el sindicalismo—sinónimo en lenguaje social de unión de proletarios—para que en realidad sea una fuerza, tanto mayor cuanto